

Por una teoría de los colores —o la vocación de Eduardo Ibarra por el sujeto

Luis Montaña Hirose

Ustedes me hablan de un invisible sistema planetario, donde los electrones gravitan alrededor de un núcleo.

Me explican este mundo por una imagen. Reconozco entonces que han llegado a la poesía.

ALBERT CAMUS

Isaac Newton propuso que la luz blanca era una mezcla de diversas luces que excitaban por separado nuestros ojos para producir la sensación de los colores. Sostuvo que la luz era un conjunto de corpúsculos que viajaba a enormes velocidades. Pocos años más tarde, Christian Huyghens propuso que la luz se componía de minúsculas ondas y los colores provenían de su longitud. Mucho tiempo después, Eduardo Ibarra distinguió diferentes longitudes de onda en el complejo social y le dio peso relativo a las partículas teóricas.

En estas cuartillas me ocuparé del análisis que realiza Eduardo Ibarra a *Recortes: ensayos sobre organización*, donde se pronuncia por una teoría de los colores que arroja otra luz sobre los fenómenos complejos. Rechaza los extremos porque, en tono superlativo, deslumbran —y corremos el peligro del enamoramiento dogmático— u oscurecen —y enfrentamos el riesgo de la miseria agnóstica—.

Entre ambos no busca el justo medio, no sólo porque los extremos sean dinámicos sino porque la premisa de la justicia es la revuelta contra la injusticia, porque no hay puertos para la navegación científica. La ciencia es una actitud antes que una actividad y la verdadera ciencia no pretende una cima donde reposar.

Pero no es un desencanto ante la ciencia sino una gran capacidad de admiración ante la vida, leitmotiv ético de Wittgenstein, lo que conduce a Eduardo Ibarra a interesarse en el sujeto. Un sujeto que no se pierda en el anonimato organizado, en la maraña de los juegos especulares de la sociedad ni en la fascinación del objeto. No va en pos de las conocidas teorías de alcance intermedio ni busca construir puentes teóricos; no le interesan las verdades a medias ni los recorridos verticales.

Es en este contexto que Eduardo Ibarra propone un tránsito horizontal donde los campos de las disciplinas son propiedad de todos, es decir de nadie. Pertenecen al sujeto que los recorre; es un constante viajar. Este sujeto no sube a los cielos ni desciende a los infiernos, simplemente camina, hace método al andar. Eduardo Ibarra sabe de los itinerarios turísticos, es un especialista en teoría de la organización, pero no le interesa adquirir postales antropológicas, económicas, psicológicas ni de ningún otro lugar. Entra más bien con curiosidad, con ansia de conocer lo que en ese territorio lejano se dice de su alteridad.

Por eso lo miran diferente y nos observa a su manera, sólo así se pueden entender sus comentarios a *Recortes*. Su crítica no se inserta en la página de sociales, recurre a las explicaciones sistémicas recientes, le interesan las catástrofes, el ruido, la incertidumbre, el azar, el caos, el desorden y la complejidad. Estos elementos no reinan sólo en el castillo de

la cibernética sino, en la visión de Eduardo Ibarra, remiten a parámetros de comportamiento humano. Y es que sobrepone lo humano a lo social.

En esta perspectiva, el sujeto no se disuelve en las predeterminaciones sociales y relativiza su racionalidad instrumental. Fenómenos como el poder, la estrategia, la decisión y el conflicto escapan de la visión esquemática de un orden hiperfuncionalista. La organización entonces es asumida como un juego, una arena política, un lugar de intercambios simbólicos y un centro de disputa social, dejando así de sorprendernos las similitudes entre diversas organizaciones. No son sólo los mecanismos disciplinarios propuestos por Foucault los que se encuentran en el origen de tales puntos de convergencia.

Así, la educación, el trabajo, el esparcimiento, el gobierno y otras actividades humanas, se trasladan a un mundo organizado que rechaza el orden y la certidumbre. Eduardo Ibarra postula un mundo en movimiento, lleno de matices y de colores; No acepta el paralelismo organizacional a partir de los marcos simplistas de la administración científica, de la burocracia, de las relaciones humanas, de la teoría de las decisiones o de la contingencia. Rechaza también las particularidades "naturales" al estudiar la interrelación entre procesos sociales de primer orden y estructuras organizativas.

De esta manera instala una nueva cartografía a partir de la cual se pueden formular nuevas lecturas estratégicas. Pero ya no se trata más, como en los tiempos de Von Clausewitz, de un terreno fijo sino de la posibilidad de alterar constantemente los parámetros mismos del campo de batalla: es la anticipación de la estrategia. Es la inducción de elementos catastróficos, en el sentido de R. Thom, lo que obliga a pensar en tiempos pre-estratégicos. Niega de esta

manera las secuencias artificiales, incluso aquellas que se inscriben en la "línea" del tiempo: la posmodernidad implica la prefiguración.

Regresemos a los colores. "La blancura del espacio y la negrura de las letras, esconden en su alma los colores de la vida", nos dice Eduardo Ibarra. La frase impone una obligación al lector: la de reconstruir lo escrito, la de descubrir el espectro, la de leer lo que el escritor, sin saber, dijo. Revaloriza, sin conciencia, la labor del crítico y redimensiona, de manera explícita, la tarea del lector. Crítico y lector se lanzan entonces a una aventura, la de reescribir la obra del autor. ¿Quién sería crítico pudiendo ser escritor? — se pregunta G. Steiner. ¿Quién sería lector, pudiendo ser escritor? — me pregunto yo. Corrijo mi pregunta: ¿es posible alcanzar tal grado de esquizofrenia?

Es en esta dirección que la lectura implica todo un trabajo de disección. *Recortes* sólo adquiere sentido cuando alcanza su muerte y es diseccionada. Las obras no mueren en los estantes de los libreros: ahí sólo son olvidadas. Éstas deben morir, ser descuartizadas, sólo así alcanzan su otra vida; una vida que ya no pertenece a un autor sino a todo lector. Cada quien realiza su propia obra. Eduardo Ibarra, al igual que Eligio Calderón,¹ mataron desde su presentación un largo trabajo que había realizado y, además, se lo apropiaron: no saben cuánto me alegro.

Es cierto, como dice Eduardo Ibarra, que *Recortes* no es un libro fácil: no tiene referencias ni bibliografía, le sobran hojas, es un texto irrespetuoso, es desordenado e irreverente. Yo añadiría además que no es evidente la unidad temática ni genérica, es decir, no es fácilmente localizable. Sin embargo, aceptó el reto de la crítica. Se cuidó del ataque fácil, de la mera descripción de las letras, párrafos y secciones; no se ubicó en el terreno simple del recuento de las complementariedades sino buscó otros volúmenes de interpretación.

Es a partir de la vocación de Eduardo Ibarra por el sujeto que logramos comprender esta actitud. El sujeto no debe ser prisionero de la ciencia como tampoco su carcelero. La ciencia es una compañera amable, ayuda a incrementar nuestra capacidad de comprensión, de indignación ante la injusticia y de admiración ante la vida. En eso, es cierto, se parece a la poesía.

Notas

- 1 "Cinco aproximaciones a los Recortes de Luis Montaña Hirose", en *Acciones Textuales*, No. 1, UAM-I, Departamento de Filosofía, México, enero-junio 1990, págs. 191-201.